

tuvieron oportu-
quiera una idea
uismo.

nica ventaja que
que pone á es-
vuestro, haced
antimilitaristas,
vez desparra-
ueblo, las ideas

a para nuestra
edificio que se
abra y con las
onarias, astuta-
el cuartel, ha-
quistar á mu-

or año, los an-
entarán, hasta
ías cavadas en
erán innumera-
provisadamente
vada por las
argo, conserva
cto de solidez,
pultando bajo
cúmulo de pri-

NY DAL REY

ores

cionalista

pueda haber
Dios.
verdad, que en

rento decretó
las especias de
a eficacia de la
tían en el mis-
Jesucristo.

onces, hay que
y los fieles se
¡Qué barba-

ía nunca reca-
ivamente, re-

sulta que nos comemos á Dios; confie-
so que es una solemne barbaridad,
hasta de pensarlo; ¡peor que la antro-
pofagia!

R.—Pues bien, yo no quise tortu-
rar mi conciencia, prestándome á ado-
rar un mito, sancionando con mi con-
ducta una creencia que considero in-
moral é insensata. He aquí por qué no
me arrodillé: fué preciso sacrificar la
cortesía á mis convicciones.

C.—Pero, ¿tú no eres cristiano?

R.—Sólo de nombre, porque cuan-
do no tenía uso de razón, á los dos
días de nacido, me bautizaron. Con
todo, me opuse á que me confirmaran,
cuando á los quince años me lo propu-
sieron, pues á tiempo abrí los ojos á la
razón, y pude advertir el cúmulo de
patrañas que constituyen gran parte
de las creencias cristianas.

C.—Pues mira, yo estoy bautizado
y confirmado, y ambos sacramentos
me los administraron, el primero algu-
nos días después de mi nacimiento y
el segundo á los siete años, de modo
que los dos los recibí sin edad compe-
tente para deliberar racionalmente.

C.—Amigo Icaria, dime ¿qué opi-
nas de Jesucristo?

R.—Que fué un hombre como los
demás.

C.—Pero dicen que hizo muchos
milagros.

R.—Si se pudiera probar que algu-
na vez se ha verificado un solo mila-
gro, sería esto suficiente argumento
para negar la existencia de Dios. Por
otra parte, ¿acaso la verdad necesita
del recurso de maravillas ó juegos de
cubiletes para que sea aceptada? ¿Qué
diríamos de un catedrático que para
demostrar á sus discípulos la verdad
de un teorema recurriera á sorpren-
dentes juegos de prestidigitación, pres-
cindiendo ó rehuendo las precisas de-
mostraciones matemáticas?

C.—Que era un redomado far-
sante.

R.—Jesucristo ignoraba que existie-
ra América; los judíos no quisieron
creer en él, etc.

Mira, Teófilo, mañana te voy á re-

galar un libro admirable. Léelo aten-
tamente, verás qué bueno es: *La Vida
de Jesús*, por Ernesto Renán.

C.—Tendré sumo gusto en leerlo.
Dime ¿no crees, entonces, en la Re-
dención?

R.—¡Jamás!

C.—Explícate. ¿Negarás un aconte-
cimiento de tal resonancia?

R.—¡Ay! amigo Teófilo y cuántas
paparruchas no han alojado los sica-
rios del error en el cerebro humano.

C.—¿Paparruchas dijiste?

R.—Y muy gordas: con todo, si
más aun lo fueran, el común de las
gentes, las aceptara por aquello de
stultorum numero est infinitus.

Admitamos por un momento que la
leyenda del Génesis fuera cierta. Se-
gún ella, la Redención arranca ó tie-
ne su origen en el Paraíso Terrenal.
Allí Adán y Eva comieron de aquellas
manzanitas que Dios, para *probar* su
obediencia, les había prohibido.

C.—Me sé esta historia de memoria.
Puedes ahorrarte el trabajo de refe-
rirmela.

R.—Alégrome. Voy, pues, á hacer-
te algunas reflexiones, que de ella se
deducen.

1ª Si Dios quiso probar la obediencia
de nuestros primeros padres, es
claro que *ignoraba* lo que de aquellos
seres inocentes podía esperar.

2ª Seres ó criaturas inocentes no
pueden pecar.

3ª Aun admitiendo que pudieran
pecar, si Dios quería redimirlos, de
ipso facto quedaban redimidos. En Dios
el *querer* es *poder*; él no necesita *me-
dios* para conseguir un *fin* y mucho
menos emplear medios tan incompati-
bles con su dignidad, como son dejar-
se escupir, abofetear, azotar, clavar en
cruz entre dos ladrones, etc., etc.

Al llegar aquí, Teófilo abre sus bra-
zos y abrazándome tiernamente exclama,
¡basta! ¡basta! amigo mío, estoy
convencido de las muchas paparru-
chas de una religión que desde este
momento abandono.

MAGÍN IVERN.